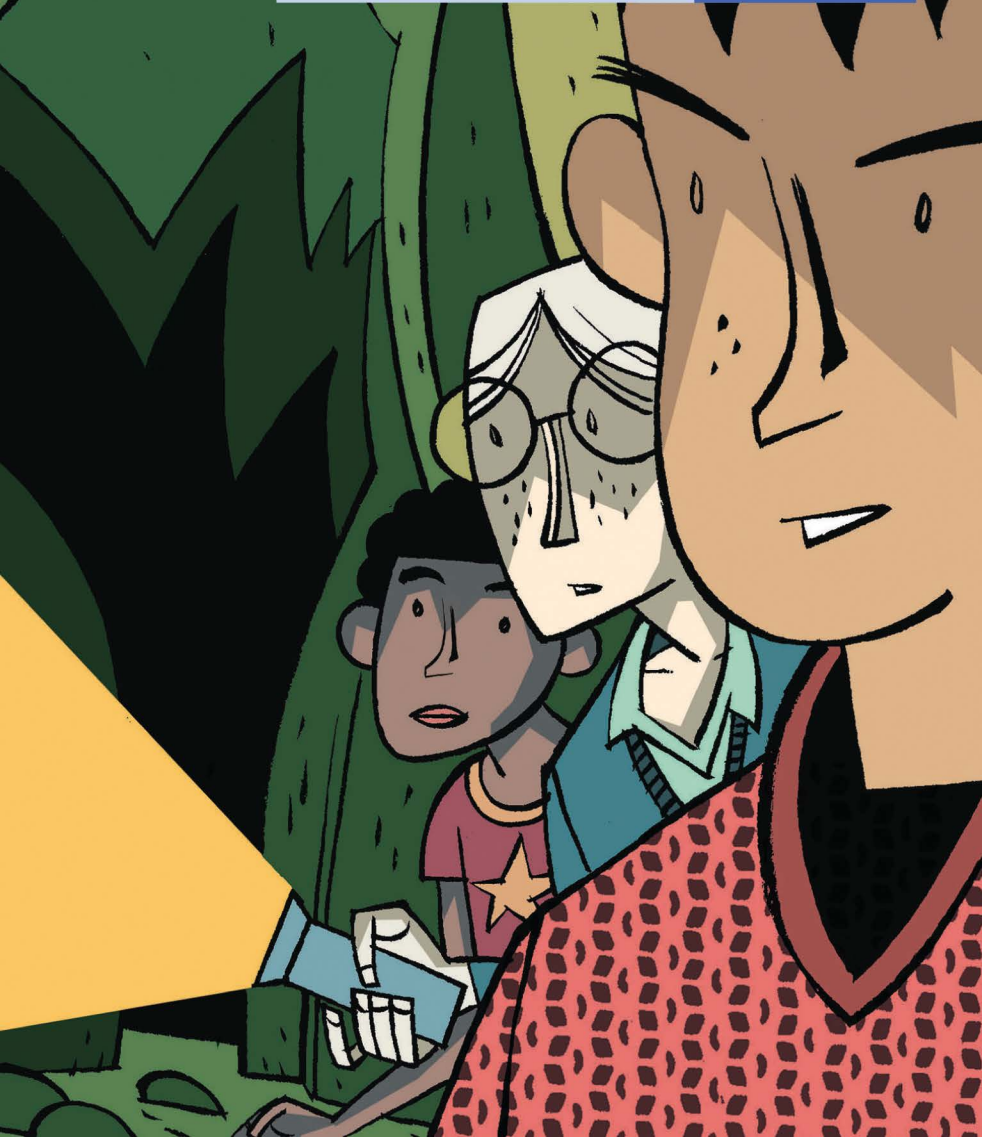


algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

Memorias de Tristán Saldaña

Beatriz
Berrocal



La plaza de San Ciprián, en Tornado, estaba abarrotada de gente. Decenas de padres y madres se agolpaban en torno a los autobuses que no tardarían en partir.

Minutos después, todos los chicos y chicas se ocupaban en responder a la despedida de sus padres que desde abajo agitaban las manos incansablemente. Pensé que resultaban curiosos haciendo aquellos aspavientos, como si estuviesen limpiando imaginarios cristales una y otra vez. Yo levanté la mano tímidamente, me sentía ridículo allí, diciendo adiós a mis abuelos cuando ya se lo había dicho veinte veces. Además, no me extrañaría que mi abuela me vocease alguno de sus consejos del estilo de «lávate detrás de las orejas, que eres un guarro» o «cámbiate los calzoncillos», seguro que algo parecido me estaría diciendo a voz en grito,

eso si no salía corriendo detrás del autobús para recordarme que me cortase las uñas de los pies. La verdad es que no respiré tranquilo hasta que veinte o treinta kilómetros más allá, miré, no sin cierto temor, por el cristal de la ventanilla y vi que ninguna señora mayor corría detrás de nosotros voceando.

Fue entonces cuando me di cuenta de que a mi lado, en el otro asiento, se había sentado un chaval que no era de Tornado, ya estaba en el autobús cuando yo me subí, y no le había hecho ni caso hasta aquel momento porque estaba pendiente de que el vehículo iniciase por fin el viaje que, paradójicamente, yo no tenía ningunas ganas de hacer.

Mi compañero de asiento era la cosa más blanca que yo había visto nunca. Blanco de arriba a abajo, blanca la piel, blanco el pelo, blanca la boca, lo único que resaltaba en su cara eran unas gafas oscuras casi tan grandes como él, que resbalaban sobre su diminuta nariz, y que supuse que tenían la misión de ocultar unos ojos grisáceos horrorosos. No sé si con la descripción que doy se puede uno hacer idea de cómo era el chico, pero bueno, puedo resumirlo diciendo que la Naturaleza no se había molestado mucho con él, la verdad.

El tío me miraba por encima de las gafas panorámicas, estaba asustado, iba agarrado al asiento delantero como si en vez de ir en una tartana de autobús fuésemos en un Concorde o algo así.

–Tranquilo, hombre, que te va a dar algo –le dije.

Yo no soy muy amigo de hablar, ni hago amistades fácilmente, me trae al fresco si caigo bien o mal; es más, suelo caer mal, pero lo prefiero, porque así no tengo que andar sonriendo continuamente ni haciendo chorradas todo el día, yo soy así, caigo gordo a todo el mundo, y me gusta, ya ves tú, por eso digo que no es frecuente que entable conversaciones con nadie, pero es que vi que a aquel muchacho de un momento a otro le iba a dar un ataque de nervios y a lo mejor me tocaba atenderle a mí por estar a su lado; por eso, aunque no me apetecía lo más mínimo, le dije aquellas cuatro palabras, por decir algo. Si hubiese sido mi abuelo, para aquellas alturas del viaje ya sabría toda la historia familiar del chico o, por lo menos, él ya le habría contado la suya, desde que nació hasta nuestros días, pasando por todas y cada una de las enfermedades que tiene y las que le gustaría tener. Pero como yo no soy como mi abuelo, y odio hablar con la gente, me le quedé mirando, mientras él seguía aferrado al asiento de delante y tieso como un garrote, muestra de que mi intento tranquilizador no había surtido ningún efecto.

Su cara lechosa estaba empezando a tomar un colorcillo que no me gustaba nada. Temí que fuese a vomitar o algo así, y lo que más odio en el mundo (y mira que hay cosas que odio) es que alguien vomite

cerca de mí, así que volví a intentar distraer amablemente su atención.

—Como vomites te acuerdas, tío.

Nada, ni caso que me hizo, siguió tan asustado como estaba y, realizando lo que parecía un esfuerzo supremo, volvió su cara hacia mí y me dijo con un hilillo de voz:

—*I don't understand. I'm sorry.* No «comprendo».

Me quedé mirándole como si fuese un extraterrestre o algo así.

—No «comprendo» —insistió.

—La verdad, chico, lo tienes todo —le dije, mientras él levantaba los hombros dándome a entender que verdaderamente no «comprendía» mis palabras, y yo di gracias al destino que había colocado a mi lado un compañero de viaje que no me iba a obligar a ir todo el camino charlando, con lo poco que a mí me gusta charlar, y que además no me iba a dar la paliza contándome su vida, como hubiese hecho mi abuelo.

No me cabía duda de que, si se aguantaba sin vomitar, era el compañero ideal para un viaje tan largo como aquél.

No tengo ni idea de cuántos chicos y chicas íbamos allí metidos, pero sé que éramos muchos, porque había un jaleo insoportable.

No sé si se me nota, pero yo no quería ir a aquel campamento. Bueno, ni a aquél, ni a ninguno, yo no quería ir a ningún sitio, no entendía por qué, si llevaba trece años pasando los veranos en el mismo sitio que los inviernos, los otoños y las primaveras, tenían que cambiar las cosas.

Fue mi tío, que con toda su «buena intención» llegó un día a casa con un panfleto en la mano.

«Mire, padre, hay un campamento para el verano, podría apuntar al chico».

El «chico» soy yo, y por más que «el chico» se esforzó en decir que no le gustaban los campamentos y que no se quería apuntar, no hubo forma humana de que se le oyera. Para mis abuelos, lo que diga mi tío va a misa, con lo cual la batalla estaba perdida antes de empezarla. Creo que me apuntaron antes de que se abriera el plazo.

Pasé todo el mes de julio de morros, porque no me parecía bien lo que habían hecho; pero me daba igual, en casa de mis abuelos hay tanto trabajo que si tienes morros o no, nadie se va a dar cuenta de ello, casi no te merece la pena enfadarte, porque no se va a enterar ni el perro.

No se apuntó ningún otro chico del pueblo, sólo un par de chavales de Tornado a los que conocía de vista del instituto, pero que no eran de mi clase, iban al «B», y no me caían nada bien; así que, como si no, me tocó ir más solo que la una, y entre las pocas

ganas que tenía de ir, que no conocía a nadie, y lo malo que soy yo para hacer amigos, se me presentaban por delante los quince peores días de mi vida.

Además, para colmo de males, el campamento era mixto y compartir quince días con un montón de chicas me atraía tanto como ayer que ya pasó.

–Yo soy mareo –dijo mi compañero de asiento.

–Echa la cabeza para abajo y respira hondo –le dije acompañando mis palabras de gestos para que me comprendiese.

–Grraciass. Tú es bueno *friend*.

Me pareció que estaba hablando con Tarzán, aquél que salía en las películas que le gustaban a mi abuela y que sólo sabía hablar con infinitivos y pronombres personales; y como una de mis aficiones es poner mote a la gente, enseguida se me vino a la mente que podía ponerle de mote «Tarzán», pero es que mi gusto por los mote tiene su razón de ser. Nunca los pongo despectivos, ni siquiera me gusta la palabra «mote», porque conlleva cierto aire de desprecio y no es ésa mi intención, lo que pasa es que decir «alias» me parece tan cursi que me quedo con «mote».

A mí me gusta el mote que refleja una característica de esa persona, que sólo con esa palabra te hace casi un retrato de a quién se lo has puesto, y la verdad, el parecido entre el Tarzán de las películas y aquel chico era únicamente el lenguaje, porque, por

lo demás, nunca había visto dos seres más diferentes. Mi compañero de asiento no debía de pesar más de treinta kilos, su ausencia de musculatura era total, y daba la sensación de que al primer soplo de aire habría que meterle piedras en los bolsillos para que no saliese volando. «Tarzán» le hubiera quedado muy grande, nadie le hubiera asociado con él, ya se me ocurriría otro mejor, apenas le conocía, no podía pronunciarle aún.

Mi abuela me regañaba con frecuencia por «esa manía», pero al fin y al cabo, teniendo cuidado de no ofender a nadie, tampoco es que sea tan grave, a otros les da por otras cosas peores, ¿no?, y como dice mi abuelo:

«Deja al chico (que otra vez, el chico soy yo), mientras piensa en eso, no piensa en otra cosa».

Mi abuelo es así, pega la hebra con cualquiera, pero a veces dice cosas que están muy bien dichas.

Era media tarde cuando llegamos al albergue donde pasaríamos los próximos días. La primera impresión fue mala.

Para empezar, el pueblo se llamaba Miramar de la Sierra y en cuatro palabras dice dos mentiras, ya que ni mira al mar, porque está en el interior y el mar sólo se ve en foto, ni hay sierra, porque es más llano que una tabla. Mal comienzo.

Lo primero que hicimos fue coger las mochilas del maletero, que era así como encontrar una aguja en un pajar, porque todo el mundo se había comprado una parecida. Mi compañero inglés, que creía que ir juntos en el autobús significaba tener que estar juntos toda la vida, no se separaba de mí ni un momento, y así nos quedamos los últimos para recoger nuestro equipaje.

Cuando llegamos al reparto de habitaciones, que debe ser lo segundo que se hace en estos casos una vez recuperados los equipajes, los amigos ya se habían colocado juntos y los que no eran amigos también; la gente estaba distribuida por afinidades y por edades, con lo cual quedábamos por allí media docena de «descolgados» que no conocíamos a nadie, y la mejor solución que se le ocurrió al monitor fue colocarnos a todos los sobrantes en una misma habitación. ¡Mira qué suerte!

Sólo de ver la pandilla que me habían asignado, me daban ganas de salir corriendo de allí a darle un homenaje a mi tío, el que tuvo la feliz idea de apuntar al «chico» al campamento.

—Bueno, Saldaña, tú eres el mayor, así que te encargas un poco de ellos, ¿vale?

—¿Pero he hecho alguna cosa mal o algo? —pregunté para saber por qué se me castigaba de semejante manera nada más poner los pies en aquel pueblo de nombre engañoso.

No tuve respuesta, ni siquiera me hicieron caso, se marcharon hablando entre risas, pasándolo bomba. Seguro que ellos se habían asignado una habitación con otros compañeros más atractivos que los míos.

El panorama era desolador. Ante mí, tenía al, ya viejo conocido, «hombre blanco» y, a su lado, un conjunto de pequeños seres sin clasificar. Me dio la sensación de estar en esos saldos a los que va mi tía de vez en cuando y en los que encuentra cosas de varias tallas y colores pero que después nunca le sirven para nada.

Así estaba yo ante aquel plantel de chicos de diferentes tallas, porque entre los nueve años del más pequeño y los trece míos había de todo, y hasta podría decir que de diferentes colores, porque desde el blanco inmaculado del que me había perseguido todo el viaje hasta el negro carbón de un chaval que parecía venir del Senegal (aunque después me enteré de que, en realidad, venía de Morata de Tajuña), había la más amplia gama que uno se pudiera imaginar.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo un rapaz que no tendría más de diez años, o sea, un auténtico enano comparado conmigo.

No pude contestarle, no me salían las palabras, lo único que hice fue emprender el camino hacia el piso superior, a donde me habían indicado que se encontraba nuestra habitación.